

GRUÑIDOS

Autor: Abilio Ayuso



Si te pasas la vida lamentándote por pequeñeces, estás pidiendo a gritos a Dios, el Destino o Buda que te manden verdaderos problemas, para que puedas quejarte con razón. +14

Si tuviéramos que calificar a Carlo de forma resumida, lo más acertado sería decir de él que era un buen hombre, excelente esposo, enamorado de su mujer, procurando siempre darle la mejor vida posible.

Tal vez porque no tuvieron hijos, ella disponía de mucho tiempo para pensar y no demasiado trabajo en las labores del hogar, posiblemente por eso, fue adquiriendo una manía, un tic al que en los primeros años Carlo no daba demasiada importancia, pero poco a poco comenzó a amargarle la vida, como gota de agua que va horadando la piedra.

Se trataba de la continua retahíla de quejas que su esposa desgranaba, igual que aquellos rosarios de oraciones que no terminan jamás.

Si se hubiera lamentado por alguna causa trascendente, él hubiera realizado un gran esfuerzo por complacerla, pero para un hombre que llegaba a casa después de diez horas de trabajo complejo y comprometido, el pensar si los zapatos debían dejarse en tal o cual posición, o las servilletas debían doblarse de tal forma al acabar de usarlas, eran temas sin la menor importancia.

Si alguna vez había intentado razonar acerca de este punto con su esposa, sólo había conseguido que las quejas se convirtieran en recriminaciones e incluso llantos.

Asimismo, en alguna ocasión había intentado llevar una pequeña agenda anotando la serie de manías de su mujer, repasándolas al llegar a casa y tratando de realizarlas al pie de la letra, pero para su asombro de inmediato habían aparecido otras tantas nuevas, e incluso llegaba a cambiar alguna de las antiguas. Si siempre había solicitado que dejara tal cosa en tal sitio, al cabo de un tiempo de hacerlo rigurosamente comenzó a preguntarle que: “¿Porque lo dejaba en aquel lugar que no le gustaba?”.

Al final Carlo llegó a la conclusión de que aquellos gruñidos continuos no eran más que un vicio, un tic, una manía, pero cuando le insinuó a Gina que podrían acudir a un psicólogo para que les ayudara, la reacción de ella fue tan negativa que decidió dejarlo correr y cargar con su cruz.

Por otro lado, lo que realmente le compensaba era el trabajo, porque su esfuerzo era reconocido y eso le permitía ir escalando puestos de forma lenta pero segura, además allí se sentía completamente a salvo de la histeria de su mujer dado que, por el tipo de tecnología experimental que desarrollaban, nadie sin un pase especial podía atravesar el cercado exterior y si un vehículo se detenía en las cercanías o rondaba demasiado por allí no tardaba en ser abordado por una patrulla de policía.

Tampoco se podían recibir llamadas telefónicas, los teléfonos móviles debían quedar guardados en los vehículos de los propios trabajadores, para compensar ese aislamiento la compañía tenía contratado un seguro de asistencia que atendía de inmediato cualquier problema que tuvieran los familiares de quienes allí trabajaban.

En ocasiones había tenido que pernoctar en el laboratorio para supervisar algún tipo de experimento, en tal caso su mujer recibía una llamada en la cual una voz absolutamente impersonal le comunicaba que su esposo se encontraba perfectamente pero no regresaría al hogar hasta el día siguiente, ante cualquier pregunta la respuesta siempre era: “Por razones de seguridad no me está permitido añadir ningún detalle”.

Si alguna vez Gina le había recriminado que no le explicara nada de su tarea, la respuesta fue tajante: “Cariño, ya sabes que trabajo en temas de seguridad para el ejército, si te contara cosas... Quién sabe si no acabarían enviando un agente para matarte”. Ella se quedó tan impresionada que nunca insistió.

Como llegaba tarde y cansado después del trabajo, su esposa trataba de concentrar todas las quejas posibles antes de que él se quedara profundamente dormido, era como una especie de sprint, un tsunami de lamentos, con lo cual al pobre hombre cada vez se le hacía más insoportable su estancia en el hogar.

A pesar de que amaba profundamente a su mujer, ya que de no ser así hace tiempo que se hubiera divorciado, el aluvión de lamentos menoscababa su libido, porque una mujer que no para de gruñir pierde más encanto que si le arrojaras un cubo de mierda por encima.

Alguna vez había sugerido que adoptaran un perro, pero la propuesta había sido rechazada con un montón de reproches: “Claro, como tú no tendrás que cuidarlo, te largas a tu trabajito y yo me quedo aquí con todos los problemas, y bla, bla, bla”.

En realidad, los problemas de ella eran ninguno, su hogar tenía todas las comodidades, una señora acudía una vez por semana para ayudarla en la limpieza general, un jardinero cada quince días y si no tenía ganas de salir a comprar le traían cualquier cosa del súper.

El complejo donde Carlo trabajaba era como una pequeña ciudad, tenía buenos restaurantes y salas de descanso, alguno abierto a todas horas, con lo cual se acostumbró a hacer vida en la empresa junto con un pequeño círculo de compañeros que arrastraban una problemática parecida.

En una de las reuniones del grupillo surgió la noticia, a final de mes, al acabar el proyecto tendrían quince días de vacaciones hasta que comenzaran el próximo.

Aparecieron toda clase de comentarios: “Buff, quince días con la parienta, me pondrá la cabeza como un bombo”.

“Pues llévala a uno de esos viajes programados en que la actividad es continua, te despiertan a primera hora de la mañana y ya no paras, que si a ver esto o visitar lo otro, por la noche estará agotada y no te dará la paliza”.

“Si claro, pero yo también tengo que participar en esa actividad frenética en lugar de poder descansar, que es lo que realmente me gustaría”.

“Pues con la mía ni esa posibilidad tengo, no le gusta viajar a menos que sea a casa de su familia”.

“Dios, que horror”.

“A ver, estáis todos equivocados, no tendremos quince días de vacaciones, sino cinco, porque precisamente nosotros hemos sido seleccionados para el proyecto Vegas, que nos ocupará los primeros diez días”.

“¿Qué clase de proyecto es ese?, no he oído nada al respecto”.

“Tenemos que controlar el funcionamiento y puesta en marcha del nuevo elemento que hemos fabricado”.

“Si hombre, y justamente nosotros cuatro”.

“Que pazguatos sois, eso es lo que diremos en casa, en realidad nos largaremos a Las Vegas y disfrutaremos a nuestro aire sin que nadie nos coma el coco”.

“Ese plan tiene muchas fisuras, si se supone que trabajamos para el Gobierno... ¿Que pinta todo el dinero que gastaremos?”.

“Os ahogáis en un vaso de agua, cobraremos un plus importante al haber acabado el proyecto a tiempo y de forma exitosa, mi hermano es banquero, nos abrirá unas cuentas totalmente independientes con domicilio en su propia casa y nos dará una tarjeta de crédito a cada uno, allí iremos guardando una serie de pagos extras y tendremos una economía a salvo de chafarderías de esposas”.

“¿Y si la mujer descubre la tarjeta?”.

“Es de la empresa, y solo se puede usar por temas de trabajo”.

Carlo lo meditó en silencio y al final dijo: “Es un buen plan, pero me remordería la conciencia si lo hago”.

“Tú mismo, de momento te guardamos plaza por si te arrepientes”.

Aquel sábado, igual que muchos otros, justificó que se quedaba para controlar uno de los muchos experimentos que tenían en curso, durmió en una de las pequeñas habitaciones funcionales que el complejo tenía para casos así, supervisó el proyecto durante algunos minutos, aunque en realidad no era necesario, utilizó la piscina y el gimnasio, vio las noticias y una película en la sala de estar y regresó a su domicilio bien entrada la noche.

El día siguiente era domingo y daba por hecho que entre queja y queja podría comentar con su esposa las novedades que se avecinaban, al final tuvo que decir con un cierto enfado: “Si, entiendo que es muy importante que haya dejado los cubiertos en el mármol en lugar del fregadero, pero tengo algo importante que explicarte del trabajo”.

Ella se puso seria y contestó: “¿Qué pasa?, ¿No te irán a despedir?”.

“No mujer, corren rumores de que según como acabe el proyecto igual tenemos una o incluso dos semanas de vacaciones”.

“Pues irá perfecto, porque quiero hacer reformas en la casa”.

“¿Reformas?!, si es una casa maravillosa”.

“De eso nada, quiero quitar la chimenea y alargar las estanterías”.

“¿La chimenea?, si es lo mejor que tiene la casa, y lo acogedora que es en invierno, además ¿Para qué quieres más estanterías?”.

“Si claro, y lo que ensucia, como el señor no tiene que limpiar... Las estanterías las quiero para poner los regalos que nos hacen mi madre y mi hermana, que ya casi no caben, además voy a quitar esa habitación que tienes con el ordenador y tus libros, que no sirve para nada, porque total no estás nunca en casa, me servirá para ampliar el cuarto de la plancha, también quiero quitar esos árboles del jardín que no hacen más que soltar hojas, así todo despejado”.

“Alto, alto, no planifiquemos por adelantado, es sólo un rumor, vete a saber lo que pasará, y si yo no estoy en casa no quiero que se mueva ni un ladrillo”.

“Bueno, pues ya me avisarás con tiempo, hablaré con el marido de mi prima que se dedica a estas cosas”.

“¿Con ese chapuzas?!”.

“Siempre da más confianza que lo haga alguien de la familia”.

“Vale, pero no te anticipes porque si no luego quedaremos mal, ni una palabra a nadie hasta que no sepamos algo seguro”.

Con normalidad era precisamente los domingos cuando hacían el amor, durante una siesta después de la comida, pero tal vez porque no le había seguido la corriente en lo de las obras o vete a saber porque, en lugar de acompañarlo a la habitación, Gina se puso a limpiar ruidosamente con el aspirador, cosa que no hacía la más mínima falta porque al día siguiente venía la señora de la limpieza, con lo cual, ni siesta ni sexo.

Al cabo de un rato, viendo que el sonido no cesaba, Carlo dijo que iba a limpiar el coche y en realidad se detuvo delante de un pub donde leyó el periódico, vio las noticias y un par de programas de humor y se tomó tres cervezas.

Al día siguiente, en cuanto se reunió con los otros tres del grupillo soltó a bocajarro: “Respecto al proyecto Vegas apuntarme, que tu hermano prepare lo necesario para abrir esa cuenta”.

“Vaya, vaya, ¿Que ha podido pasar este fin de semana para que cambies de opinión?”.

“Entre otras cosas, que si tuviera vacaciones mi señora esposa aprovecharía para destrozarse la casa, cargarse la chimenea, arrancar los árboles y otras monstruosidades”.

“Pues sí, más vale que no tengas vacaciones”.

Al regresar por la noche, a Carlo le extrañó que no le cayera encima la cascada de recriminaciones, en lugar de eso, Gina tomó asiento a su lado y muy sonriente le dijo: “Pues casualmente hoy me ha llamado mi prima, y, aunque tú me dijiste que no había nada seguro, le he apuntado la posibilidad de que hagamos reformas, por si tiene que ir preparando algo”.

“Vaya por Dios, ya te has precipitado, pues mañana mismo ya le puedes decir que no habrá nada de nada, porque hoy se ha sabido que, aunque la mayoría de la plantilla les darán quince días, un grupo de nosotros deberá ir diez días a una base secreta para controlar un proyecto”.

“¿Y dónde te van a llevar?”.

“Ni yo mismo lo sé, las bases secretas son secretas, pero como acabaré tan harto de estar encerrado entre militares, he decidido que los otros cinco días nos vayamos tú y yo a París”.

“Tengo otra idea, los diez días que tú no estarás comenzamos las obras, así no te molestamos, y en los cinco días que tendrás libres puedes controlar que quede todo a tu gusto”.

“Ya está todo a mi gusto, es la casa que heredé de mis padres, en invierno mi padre me contaba cuentos frente a esa chimenea y en verano me tendía un columpio en esos árboles centenarios que quieres arrancar, ese pequeño despacho que te quieres cargar era donde mi padre escribía sus ensayos y no veo la necesidad de ampliar un cuarto de lavado y plancha cuando sólo somos dos personas en casa y no hay tanto que lavar, así que haré una declaración notarial de intenciones y si alguien se atreve a mover un puto ladrillo, además de que no verá un dólar, juro por Dios que haré que acabe en prisión, sea quien sea”.

Su mujer se retiró sollozando a su cuarto, entre gritos de: “Egoísta, no me quieres, sólo piensas en ti”.

En los próximos días, hasta llegar al inicio de las vacaciones, su mujer mostró su terrible enfado no preparándole la cena, durmiendo en el cuarto de los invitados, y por supuesto dejándole sin su ración de sexo los domingos.

Las dos primeras noches, Carlo encargó una pizza por teléfono, posteriormente cenaba en un restaurante o en el propio trabajo.

Por fin llegó el día señalado, mientras Carlo preparaba su maleta Gina se hacía la desinteresada, aunque pasaba y repasaba por la habitación mirando de reojo, al final no pudo contenerse de preguntar: “¿Y la ropa elegante es para fabricar bombas atómicas?”.

“No voy a ir hecho un pordiosero para las reuniones con los generales”.

“¿Y con las generalas?”:

“No hay generalas, y por cierto, he reservado vuelos a París para los dos y un bonito hotel”.

“Pues irás tú sólo”.

“Pues iré sólo”.

El viaje a Las Vegas resultó genial, eran tres hombres y una doctora que parecía un científico más, mujer de lógica y carácter normalmente austero.

Habían reservado una suite compuesta por dos magnificas habitaciones con una sala intermedia, y decidieron que ella ocuparía una y los tres hombres otra, ya que el tamaño de las camas era enorme.

Cenaron en uno de los casinos, vieron algún espectáculo de los cientos que allí se representan y finalmente llegó la hora de las confidencias en una tranquila coctelería que recreaba el entorno de una selva tropical. Después de que cada uno de los hombres explicara sus problemas conyugales, Norman, el más lanzado de todos dijo: “Basta ya de penalidades, hemos venido a divertirnos y olvidar las dificultades familiares y hablando de eso, os recuerdo que estamos desaparejados, necesitaríamos ligar dos nenas para remediarlo”.

Laura, la doctora casi siempre seria y adusta, estaba desconocida, no sólo por su descocado vestido de noche, sino por su actitud desenvuelta impropia de ella, pero les acabó de alucinar cuando dijo: “No vais a necesitar nada, cuando yo me pongo doy para mucho”.

No se atrevieron a indagar más, pero al llegar a la suite Laura les soltó a bocajarro: “A ver, ¿Quién se acuesta conmigo esta noche?, ¿O pretendéis quedaros los tres mariconeando juntos en la otra habitación?”.

Norman saltó como un resorte: “Yo me sacrifico, pero aviso que no he traído condones”.

“¿Condomes?, no seas cutre, cada dos por tres nos están haciendo análisis en el centro, no vamos a contagiarnos de nada, y yo ya me he preocupado de que no me dejéis preñada”.

El galán apenas le duró una hora, Laura lo dejó durmiendo y salió de puntillas de la habitación, encontrando a Fredor que veía una película subida de tono en el sofá de la sala.

Este segundo le aguantó un poquito menos, al acabar le dio un beso y le dijo: “O te quedas a dormir aquí o te vas con Norman, pero no entréis en la otra habitación, pienso que Carlo necesita un tratamiento especial”.

A pesar del cansancio y el alcohol Carlo no dormía profundamente y se despertó cuando ella ocupó la cama contigua con pasos felinos, al verla le dedicó una sonrisa: “¿Qué pasa, ya has derrotado a los otros dos galanes?”.

“Has acertado de lleno”.

“Pues no sé si yo te serviré de mucho más”.

“Es que a ti no vengo a derrotarte, sino a darte compañía, creo que es lo que realmente necesitas”.

“La verdad es que sí”.

“Entonces... ¿Permiso para subir a bordo?”.

“Negárselo a una mujer como tú sería una grosería imperdonable”.

Dicho esto, ella hizo desaparecer su ligero camisón descubriendo la hermosura de su precioso cuerpo de treinta y cuatro años esculpido en gimnasio, se cambió de cama, y viendo que él aún llevaba puesto el pijama le dijo mientras desabrochaba los botones: “Ante todo igualdad de condiciones”.

Se quedaron abrazados hablando, de muchas cosas, de lo cambiada que estaba ella esos días, la explicación fue coherente: “En la empresa he de procurar que me vean como la científica brillante que soy, no como una cara bonita y menos como un culo precioso, pero al llegar aquí he seguido aplicando mi lógica, tres hombres y una

mujer pueden generar un ambiente raro, aunque tus camaradas me trataran con todo el respeto, hubieran estado deseando follar conmigo todo el tiempo, pues que lo consigan la primera noche y todos tranquilos, además, sabiendo que tienen un buen polvo asegurado no serán presas fáciles de los putones que corren por aquí”.

“Dios, una mujer con sentido común, me pillas como quien ha vivido su vida en una mazmorra a la luz de una vela y de repente lo sacan al Sol, ojala pudiera trasplantarle un poquito de esa lógica a mi mujer”.

“Es normal que un sahariano no sepa nadar”.

“¿Qué quieres decir?”.

“Por lo que tú cuentas a veces, tu mujer siempre ha tenido la vida resuelta, primero con sus padres, luego contigo, tiene salud, suficiente dinero y el amor de un hombre estupendo, por ello su carácter no ha madurado, y no se para a pensar que por mucho que la quieras, a la larga ese amor se marchitará, como una planta a la que no se riega, hasta los cactus necesitan algo de agua”.

“¿Y tú porque eres tan diferente?”.

“Mi vida ha sido una lucha constante, conseguir una beca, hacerme sitio en un mundo de hombres, librarme de un marido cuando descubrí que bajo ese maravilloso barniz había un psicópata enfermizo y maltratador... Por eso sé apreciar lo bueno y disfrutar de ello, aunque sea brevemente”.

“Con eso de lo bueno, supongo que no te referirás a mí”.

“Pues claro que sí, dejemos ya de lloriquear y no despreciemos los buenos sorbos que la vida nos presenta, tal como te ha tratado tu mujer durante este último mes, debes ir más caliente que un mico, ven un ratito encima mío y luego seguimos hablando”.

Laura se quedó con él toda la noche, hablaron, durmieron e hicieron el amor.

El resto de los días fueron de manual, disfrutaron de Las Vegas sin apostar en los casinos, ya que como las mentes brillantes que eran, sabían que a la larga las probabilidades eran siempre de perder, y no se limitaron a la ciudad, sino que realizaron excursiones por el Gran cañón del Colorado y hasta el más lejano Parque Natural Secuoyas.

Laura desahogaba a Norman y Fredor cuando lo necesitaban, a veces simplemente en el jacuzzi, pero dormía con Carlo, en esos breves nueve días se estableció una relación tan profunda entre ellos que le resultaba muy cuesta arriba pensar que la próxima semana estaría con su esposa.

Cuando regresó al hogar la cosa no había mejorado, encontró una mujer más enfurruñada que nunca por no haber podido hacer los destrozos que pretendía en la casa.

Sólo verle aparecer por la puerta ya le dijo: “¿Que, el señor ya viene de su trabajito?, y yo aquí sola como una mona”.

“Para el caso que me has hecho el último mes, lo mismo da que esté o que no, además te recuerdo que, de ese trabajito, comemos, pagamos los gastos de los coches, la casa, la criada, el jardinero y todo lo que quieres comprarte”.

“Muy bien, como si yo aquí no hiciera nada, ya me gustaría verte a ti llevar la casa”.

“Pues la llevaría, mejor o peor, pero dejémonos de rollos, el avión sale dentro de unas horas, ¿Vienes a París?”.

“¿A París?, ya te puedes largar tú sólo si quieres”.

No le dio opción, sino que contestó: “Como tú quieras”. Tomó la misma maleta que estaba aún sin deshacer, los billetes de avión y se marchó dejándola con la palabra en la boca.

Detuvo el coche tres manzanas más allá y realizó una llamada telefónica: “Laura, ¿Tienes el pasaporte en regla?”.

“Por supuesto, siempre”.

“¿Te gustaría venir a París conmigo?”.

“Me encantaría”.

“Envíame un mensaje con la foto de tu pasaporte, estaré en el aeropuerto gestionando el cambio de nombre del billete, te espero allí dentro de cuatro horas”.

En las siguientes horas, Carlo recibió muchos mensajes y llamadas de su mujer, pero no respondió a ninguno, cuando se reencontró con Laura bloqueó el teléfono.

La estancia en París resultó espléndida, al acabar ya tenían claro que deseaban pasar juntos el resto de su vida, pero no eran ese tipo de gente que hace las cosas de forma precipitada.

Al regresar, Carlo encontró un sutil cambio en la actitud de su mujer, parecía como el niño que ha hecho una trastada, pero ha sabido esconderla, además encontró pequeños detalles atípicos, como que el nivel de la botella de cognac hubiera descendido varios centímetros o que hubiera una película porno en el DVD.

Avisó a su mujer que vendrían unos técnicos relacionados con su trabajo, a instalar un sistema para que el pudiera teletrabajar en ocasiones, en realidad eran de una agencia de detectives que instaló microcámaras camufladas, aprovecharon un día en que ella había ido a visitar a su madre.

No tardó en averiguar que su aparentemente beata esposa se había liado con un vecino cuya mujer había fallecido en un accidente, esa era su venganza.

Curiosamente, a partir de entonces Gina no protestaba ni gruñía tanto, incluso en ocasiones se ofreció para hacer el amor, pero Carlo siempre encontró una excusa para rechazarlo educadamente, y más ahora que podía desahogarse en el apartamento de Laura siempre que lo deseaba.

Cuando tuvo todas las pruebas necesarias le proyectó un resumen a Gina que no paraba de sollozar y le planteó una alternativa: O montar el escándalo y difundir las imágenes entre familiares, vecinos y amigos, con el consecuente divorcio por las malas, o un divorcio amistoso en el que ella se iría a vivir de momento a casa de sus padres, y más tarde se podría casar con su amante si lo deseaba, pero teniendo en cuenta que no tendría derecho a ninguna pensión por parte suya, alegarían que el amor entre ellos se había acabado y preferían tener libertad para rehacer sus vidas.

Era tal el terror que a ella le daba que los beatones de su familia conocieran sus devaneos que aceptó sin dudar la segunda opción.

Al día siguiente del divorcio, Laura dejó su apartamento de alquiler y se plantó con sus cosas en casa de Carlo, le encantó instalarse a vivir en aquella preciosa mansión.

La vida de Carlo cambió radicalmente, de rehuir la estancia en su comfortable vivienda, pasó a tratar de disfrutarla el mayor tiempo que su trabajo le permitía.

Las primeras veces le parecía irreal la paz que le producía la convivencia con su nueva pareja, pequeños detalles como no estresarse por tratar de recordar donde tenía que dejar cada objeto, poder eructar, tirarse un pedo tranquilamente o pasear desnudo por casa si le apetecía eran para él regalos maravillosos.

Se reía de sí mismo cuando, de forma irracional, le surgía el temor de que con el tiempo Laura comenzara a gruñir y quejarse por estupideces, pero no, eso no podía suceder, ella estaba hecha de un material diferente.

Con el tiempo se casaron y... Sorpresa, tuvieron dos hijos, con lo cual se demostró que él no era estéril. A la compañía le parecía muy conveniente que la gente que trabajaba en sus proyectos secretos se casaran entre ellos, ya que ello suponía menos posibilidades de confidencias matrimoniales y no pusieron la más mínima objeción.

Al cabo de un tiempo prudencial, Gina comenzó a explicar a sus familiares y conocidos que tenía un amigo, que se convirtió en novio, y con el que se acabó

casando, pero no tardó en darse cuenta de que este segundo matrimonio no sería lo mismo y que aquel marido no tenía nada que ver con Carlo.

El día en que le recriminó que se le había caído un poco de ceniza del cigarrillo en el suelo, él volcó el cenicero entero diciendo: “¿Sólo un poco?, ¿Así te gusta más?”.

Ante cualquier queja él contestaba: “Esta es mi casa, sino te gusta te largas con tus padres”.

Si no estaba dispuesta para el sexo cuando a él le apetecía su respuesta era: “Tranquila, a cinco minutos de aquí hay unas putas geniales que se lo montan mejor que tú, pero si me gasto el dinero en eso luego quedará menos para todo lo demás”.

Un día en que le sugirió si podían contratar una señora de limpieza y un jardinero la miró como si se hubiera vuelto loca y le dijo airadamente: “Te pasas el día rascándote el coño, tienes, lavadora, secadora, lavavajillas, robot de cocina, horno automático y cualquier cosa más, ¿Y encima quieres ayuda?, ¿Piensas, que el dinero crece en los árboles?”.

Más tarde comenzó a decirle que no estaba dispuesto a mantener gandulas, y que si no trabajaba debería prescindir de coche propio, compra de ropa nueva, cosméticos o caprichos de cualquier tipo. Como Gina no tenía ninguna profesión rentable finalmente tuvo que ponerse a trabajar en una hamburguesería, además de seguir realizando la faena de la casa.

En ocasiones, cuando veía al machista y grosero de su actual marido roncando tumbado en el sofá con las botas sucias encima de la mesilla, después de haberse bebido unas cuantas cervezas cuyas latas vacías yacían por el suelo, suspiraba pensando en el maravilloso Carlo.

Que estúpida había sido al amargar la vida al pobre hombre con todas aquellas cosas que ahora le parecían pequeñeces absurdas, si pudiera volver la vida hacia atrás igual que una película, cuanto cariño le daría, nunca escaparía una maldita queja de sus labios.

Pero el tiempo sólo corre hacia adelante.

Por eso, amable lector/a, haz balance de la relación con tu pareja y piensa si en algunos detalles no te estarás quejando por puro vicio.

FIN ...